

jarse. Tenia cuatro ó cinco años mas que su hermano, y sin duda no le faltaba valor; pero era un príncipe generoso y condescendiente, y si no hubiese cedido á influencias estrañas, quizá se habria conformado con un arreglo, que por desagradable que fuese, era al fin la última voluntad de su padre á quien ya todos veneraban como á Dios. Pero Atahuallpa era el reverso de la medalla. Guerrero, atrevido y ambicioso siempre andaba metido en empresas para acrecentar su territorio, aunque era bastante astuto para tratar de estenderse hacia donde quedaba el de su hermano. Aquel espíritu inquieto llegó, sin embargo, á causar alguna alarma en la corte del Cuzco, y Huascar se resolvió al fin á enviar un embajador á Atahuallpa, para reconvenirle por sus ambiciosas tentativas y exigirle que le prestase homenaje por el reino de Quito que poseia.

Asi lo cuentan unos: otros pretenden que la causa inmediata del rompimiento fué el haber reclamado Huascar el territorio de Tumebamba que su hermano conservaba como parte del patrimonio heredado. Poco importa averiguar cual fué el pretexto ostensible del choque, porque á aquellos príncipes se encontraban respectivamente en una posicion tan falsa, que tarde ó temprano era preciso que viniesen á parar en un rompimiento.

Al considerar que estas desavenencias y todas las hostilidades á que ellas dieron lugar se verificaron en una época ya muy cercana á la invasion de los Españoles, admira la absoluta discrepancia con que se hallan referidas en los autores. Unos dicen que en el primer encuentro que tuvo Atahuallpa con los ejércitos del Cuzco fué derrotado y hecho prisionero en Tumebamba, lugar del distrito de los Cañaris en el reino de Quito, que en otro tiempo fué la residencia favorita de su padre. Reparó de algun modo este contratiempo, escapándose de su prision y volviendo á su capital, donde en breve se vió de nuevo á la cabeza de un numeroso ejército, mandado por los generales mas hábiles y experimentados del imperio. Ya hemos visto que en vida de su padre hizo el jóven Atahuallpa mas de una campaña con ellos, y su franqueza y afabilidad le habian ganado el afecto de las tropas. Eran estas la flor del grande ejército de los Incas, y se componian en su mayor parte de soldados viejos, encanecidos en el servicio de las armas, que como en desempeño de su obligacion habian permanecido tantos años en el norte, facilmente juraron fidelidad al nuevo soberano de Quito. A su cabeza tenian dos gefes de gran reputacion, de conocida esperiencia en la milicia, y que habian obtenido en alto grado la confianza del difunto Inca. El nombre del uno era Quizquiz y

el otro, que era tío materno de Atahuallpa, se llamaba Chällcuchima.

Asistido de los consejos de estos experimentados guerreros, se puso el joven monarca á la cabeza de sus tropas, y emprendió su marcha para el Sur. Apenas habia llegado á Ambato, cosa de sesenta millas de distancia de su capital, cuando se encontró con un numeroso ejército que su hermano enviaba contra él, al mando de un distinguido gefe de la estirpe de los Incas. Empeñóse al punto un sangriento combate que duró la mayor parte del dia, sirviéndole de teatro las faldas del magestuoso Chimbórazo.⁹

El resultado de la batalla fué enteramente favorable á Atahuallpa, pues los Peruanos fueron derrotados con grande mortandad y pérdida de su caudillo. El príncipe de Quito se aprovechó de la victoria para proseguir su marcha hasta llegar á las puertas de Tumbamba, cuya ciudad con todo el distrito de los Cañaris, aunque perteneciente al imperio de Quito en otro tiempo, habian abrazado el partido de su rival en la pre-

⁹ Garcilaso niega que hubiese otra cosa mas que unas insignificantes escaramuzas, antes de la accion decisiva que se dió en las llanuras del Cuzeo. Pero el Licenciado Sarmiento que, segun él dice, recogió las noticias de estos sucesos de boca de los actores que en ellos figuraron, pasó por el campo de batalla de Ambato, cuando el suelo se veia aun cubierto de las osamentas de los que peracieron en la accion. "Yo he pasado por este Pueblo y he visto el Lugar donde dicen que esta Batalla se dió y cierto segun hay la osamenta devieron aun de morir mas gente de la que cuentan." Relacion, MS., cap. 69.

sente contienda. Entró como un conquistador en la ciudad rendida; pasó á cuchillo los habitantes, y la arrasó hasta los cimientos con todos sus magníficos edificios, sin detenerle la consideracion de que muchos de ellos habian sido levantados por su padre. Con el mismo rigor trató á todo el distrito de los Cañaris. Lugares hubo, segun cuentan, en que salieron en procesion los niños y mugeres con ramos verdes en las manos, para tratar de apaciguar su cólera, pero el vengativo vencedor se hizo sordo á sus ruegos y suplicas, y asoló todo el pais con el hierro y el fuego, sin perdonar hombre alguno que llegase á caer en sus manos.¹⁰

El cruelísimo castigo de los Cañaris, atemorizó á sus demas enemigos, y las ciudades fueron abriendo una tras otra las puertas al vencedor, quien continuó su marcha triunfal hácia la metrópoli del Imperio. Sus armas sufrieron un revés pasajero en la isla de Puná, cuyos atrevidos

¹⁰ "Cuentan muchos Indios lo suplicaron, y con tanta humildad, que bastara quebrantar corazones de piedra; mas poca impresion hicieron en el cruel de Atahuallpa, porque dicen que mandó á sus capitanes y gentes que matasen á todos aquellos que habian venido, lo cual fué hecho, no perdonando sino algunos niños y á las mugeres sagradas del Templo." Sarmiento, Relacion MS., cap. 70.

na por Atahuallpa, ó mejor dicho, la disciplina y la experiencia militar produjeron al fin su acostumbrado efecto. Comenzó á introducirse el desórden en las filas del Inca y se hizo imposible contenerlo. Sus tropas se desbandaron por todas partes, y los vencedores se dieron al alcance de los fugitivos. Huascar trató igualmente de escaparse con cosa de mil hombres que permanecian á su lado, pero fué descubierta antes de abandonar el campo, su pequeña escolta se vió rodeada de enjambres de enemigos, y aquellos fieles soldados perecieron casi todos en defensa de su Inca. Fué al fin hecho prisionero, y los generales victoriosos marcharon inmediatamente sobre la capital y tomaron posesion de ella á nombre de su soberano. ¹¹

Pasaban estos sucesos en la primavera del año 1532, pocos meses antes del desembarco de los Españoles. Recibió Atahuallpa en Caxamalca las noticias de la victoria que habian logrado sus ejércitos y de la prision de su infeliz hermano, y al punto dió órden de que se le tratase con el respeto debido á su clase; pero que fuese llevado á la fortaleza de Jauja y allí se le guardase en un estrecho encierro. No se limitó á esto

¹¹ Cieza de Leon, Crónica, te, Conq. del Perú, lib. 1, cap. 12. cap. 77.—Oviedo, Hist. de las —Sarmiento, Relacion, MS., Indias, MS., Parte 3, lib. 8, cap. cap. 70.—Pedro Pizarro, Des-9.—Xerez, Conq. del Peru, ap. cub. y Conq., MS. Barcia, tom. III. p. 202.—Zara-

solo, si hemos de creer á Garcilaso de la Vega, descendiente de la estirpe de los Incas, y por parte de madre, sobrino del gran Huayna Capac.

Segun este escritor, Atahuallpa convidó á todos los nobles Incas á reunirse en el Cuzco para tratar del mejor modo de dividir el imperio entre él y su hermano; mas cuando estuvieron juntos en la capital, fueron rodeados por la soldadesca de Quito y asesinados sin piedad. El objeto de semejante perfidia era acabar con toda la familia real, de cuyos individuos cualquiera podia alegar mejores títulos á la corona que el bastardo Atahuallpa. Mas no pararon aquí las crueldades, sino que toda la descendencia ilegítima del Inca, es decir, los medios-hermanos del monstruo, y en una palabra, todos los que tenian una gota de sangre inea en las venas, fueron comprendidos en la matanza; y con una sed de sangre, á la que en vano buscaríamos paralelo en los anales del Imperio Romano ó en los de la República francesa, mandó Atahuallpa quitar la vida por medio de lentas y horribles torturas, á todas las mugeres de la sangre real, á sus tías, primas y sobrinas, y para aumentar el placer de su venganza, hizo que muchas de estas ejecuciones se verificasen á la vista de Huascar, quien se veia obligado á presenciar el martirio de sus esposas y hermanas, y á escuchar

los gritos de agonía con que en vano le llamaban para que las defendiese! ¹²

Así lo cuenta el historiador de los Incas, quien según dice, supo estas noticias, por relación de su madre y de su tío, que por ser entonces muy muchachos tuvieron la fortuna de contarse entre los pocos que escaparon de la matanza general de la familia. ¹³ Y esto mismo han ido repitiendo después los más de los escritores castellanos, sin poner en ello la menor duda; mas una serie tal de atrocidades, cometidas sin provocación y á sangre fría, repugna tanto á los principios de la naturaleza humana, y hasta al sentido común, que para darle crédito no debemos contentarnos con los testimonios ordinarios.

En los anales de las naciones semicivilizadas se encuentran por desgracia ejemplos de semejantes tentativas para acabar del todo con una

¹² Garcilaso, Com. Real, Parte 1, lib. 9, cap. 35-39.

"A las mugeres, hermanas, sobrinas, primas hermanas y madrastras de Atahualpa, colgaban de los arboles, y de muchas horcas muy altas que hicieron: a unas colgaron de los cabellos, a otras por debaxo de los brazos, y a otras de otras maneras feas, que por la honestidad se callan: danles sus hijuelos que los tuvieron en brazos, teníanlos hasta que se les cayan y se aporreaunan." (Ibid., cap. 37.) Esta di-

versidad de torturas manifiesta que no carecía de inventiva el escritor ó mas bien su tío, el narrador de estas matanzas de los cuentos de viejas.

¹³ "Las crueldades que Atahualpa en los de la sangre Real hizo, dire de relación de mi madre y de un hermauo suyo, que se llamó Don Fernando Huallpa Tupac Inca Yupanqui, que entonces eran niños de menos de diez años." Ibid., Parte 1, lib. 9, cap. 14.

raza temible, que ha llegado á despertar los recelos de un tirano; aunque es un empeño tan quimérico, como el querer estirpar una planta cuyas semillas ha esparcido el viento por todos lados. Pero si Atahualpa llegó á tratar seriamente del exterminio de la raza de los Incas, ¿como es que setenta años después de la supuesta matanza, conviene el historiador en que existían nada menos que seiscientos descendientes de la sangre real pura sin mezcla de otra? ¹⁴ ¿Porqué en vez de limitarse los asesinatos á los descendientes legítimos de la estirpe real, que podían tener más derecho á la corona que el usurpador, alcanzaron á todos los que tenían la menor relación, con aquella raza, de cualquier modo que fuese? ¿Porqué fueron comprendidas en la proscripción las ancianas y las doncellas jóvenes, y porqué les hicieron sufrir tan crueles é inútiles torturas, cuando era evidente que unos seres tan inofensivos nada podían haber hecho para provocar la cólera y los recelos del tirano? ¿Porqué, al mismo tiempo que tantos eran sacrificados por recelos vagos de un remoto peligro, dejó con vida á su rival Huascar, y á

¹⁴ Así se advierte por una petición de ciertas mercedes que enviaron á España en 1603, firmada por quinientos sesenta y siete Indios del linage real de los Incas. (Ibid., Parte 1, lib. 9, cap. 40.) Oviedo dice que Huayna Capac "tubo cien hijos y hijas, y la mayor parte de ellos son vivos." Hist. de las Indias, MS., Parte 3, lib. 8, cap. 9.

su hermano menor Manco Capac, que eran precisamente los dos hombres que debían inspirar más temores al vencedor? ¿Porqué, en suma, ninguno de los escritores anteriores á Garcilaso, que florecieron medio siglo más cercanos á estos sucesos, hace mención de tan maravillosa conseja? ¹⁵

Que Atahualpa cometiese algunos excesos, y que en algunos actos de crueldad inútil abusase de sus derechos de vencedor, no hay dificultad en creerlo; porque basta acordarse del modo con que trató á los Cañaris, lo que ni sus mismos apologistas se han atrevido á negar; ¹⁶ para convencerse de que tenía una buena dosis de la índole vengativa propia de aquellos,

“Hijos del Sol, espíritus de fuego,
Para quienes venganza virtud era.”

¹⁵ En vano he buscado un solo pasaje que apoye esta relación en Oviedo, Sarmiento, Xerez, Cieza de Leon, Zárate, Pedro Pizarro, Gomara, &c.; escritores que florecieron en aquel mismo tiempo, y tenían la mejor oportunidad de informarse de lo cierto. Es de advertir además, que todos ellos están muy bien dispuestos á juzgar con toda severidad las malas cualidades del monarca indio.

¹⁶ No hay uno solo entre los apologistas de Atahualpa que se

atreva á tanto como el Padre Velasco, quien en un arrebato de lealtad al monarca de Quito, considera la matanza de los Cañaris como una justa retribución de sus ofensas. “Si les auteurs dont je viens de parler s'étaient trouvés dans les mêmes circonstances que Atahualpa et avaient éprouvé autant d'offenses graves et de trahisons, je ne croirai jamais qu'ils eussent agi autrement!” Hist. de Quito, tom. I. p. 253.

Pero hay mucha diferencia entre esto y las monstruosas y gratuitas atrocidades que le imputan, propias de una alma diabólica, y que no deben admitirse por el simple testimonio parcial de un Indio, enemigo declarado de su familia; ni porque las hayan repetido los cronistas castellanos, quienes exagerando los delitos de Atahualpa crecían cohonestar de algún modo la crueldad con que le trataron los Españoles.

Las nuevas del triunfo conseguido volaron á Caxamalca, y causaron grandísimo regocijo no solo en el campo de Atahualpa sino en la ciudad y en todo el país vecino, acudiendo todos apresuradamente á felicitar al vencedor y á rendirle homenaje. El príncipe de Quito no vaciló ya en ceñirse la borla colorada ó diadema de los Incas. Su triunfo era completo; había derrotado á su enemigo en su propio terreno; se había apoderado de su capital; había puesto bajo sus pies á su rival, y ya empuñaba el venerado cetro de los Hijos del Sol. Pero estaba decretado que la hora de su triunfo sería la de su mayor humillación. No era Atahualpa uno de aquellos á quienes “los Dioses gustan de revelarse,” según dice el poeta griego, ¹⁷ y no había alcanzado á penetrar los decretos del cielo. La nu-

¹⁷ “Οὐ γὰρ πῶ πάντες οἱ θεοὶ δαίνονται ἐναργεῖς.”
ΟΔΥΣ. π, v. 161.

becilla que el ojo perspicaz de su padre habia descubierto en el lejano horizonte, habia ido engrosando sin que Atahuallpa, empeñado en la lucha fatricida, lo hubiese advertido, y ya entoldaba todo el cielo próxima á descargar una terrible tormenta sobre aquella nacion desventurada.

CAPITULO III.

DESEMBARCO DE LOS ESPAÑOLES EN TUMBEZ.—SALE PIZARRO A RECONOCER LA TIERRA.—FUNDA A SAN MIGUEL.—MARCHA AL INTERIOR.—RECIBE UNA EMBAJADA DEL INCA.—SUCESOS DE LA MARCHA.—LLEGA AL PIE DE LOS ANDES.

1532.

Dejamos á los Españoles en la isla de Puná preparándose á comenzar por Tumbez la invasion del continente vecino. La distancia hasta aquel puerto solo era de algunas leguas, y Pizarro fué allá en los buques con la mayor parte de sus compañeros, quedando otros encargados de trasportar en las balsas de los Indios el equipaje del gefe y los pertrechos militares. La primera de estas embarcaciones que llegó á tierra fué rodeada por los naturales, y tres Españoles que hallaron en ella fueron arrastrados á un bosque cercano y allí asesinados cruelmente. Los Indios cojieron luego otra balsa en que iba el equipaje de Pizarro; pero los que lo custodiaban alzaron la voz pidiendo ayuda, y sus gritos llega-